

FILOLOGÍA Y CRÍTICA TEXTUAL

A propósito del testimonio neotérico

En una ocasión, el lingüista soviético L. V. Ščerba definió la filología como la ciencia de la lectura lenta y reiterada. A W. Jaeger se atribuye la consideración de la Filología Clásica como la ciencia que se ocupa de problemas infinitamente pequeños, mientras que, en otro lugar, V. Bejarano la ha comparado con un oficio artesanal. Este tipo de no infrecuentes afirmaciones suele aludir a un componente peculiar de los estudios clásicos: la consideración del objetivo central de sus investigaciones, los textos.

Si se admite que la Filología Clásica tiene por objeto el estudio de una civilización en sus diversos aspectos, debe reconocerse que la mayor parte de nuestros conocimientos acerca de tal civilización provendrá, en primera instancia, de los textos de sus propios escritores¹. Y no sólo eso. Dado que disponemos únicamente de textos y no de hablantes², aquéllos constituyen el núcleo de cualquier estudio de los aspectos lingüísticos —en su más amplio sentido— de esa civilización. Y aún más. Podría incluso decirse que la filología basa, por cierto, en los propios textos sus demostraciones³.

Ahora bien, ese material textual —objeto central de los estudios clásicos— se encuentra, en virtud de una larga y azarosa transmisión, en un estado de «cuestionable autenticidad»⁴, de suerte que el primer cometido del filólogo debe ser identificar, organizar y expurgar, separando lo auténtico de lo falso, ese material deteriorado, a fin de reconstruir un texto tan cercano al original como sea posible. De ahí, inevitablemente, la necesidad de incorporar a la tarea del filólogo una disciplina previa⁵ que conocemos como «crítica del texto». Tal necesidad viene plenamente justificada por las circunstancias generales inherentes a toda transmisión y por la consideración del deterioro que consecuentemente comporta. Su necesidad, pues, parece tan obvia que no encontraríamos más razón para detenernos que la de encontrar, para su demostración, expresiones lo suficientemente contundentes. Así podría ser aquí recordada la lacónica sentencia de L. Havet: «nul texte n'échappe aux fautes».

Con todo, la importancia o la relativa independencia de la Crítica textual no debe hacernos olvidar su inserción solidaria dentro del ámbito de la filología, cuya fragmentación se debe a que su complejidad en aumento y su amplitud, al decir de Bejarano, «imponen a los filólogos la división del trabajo y su especialización, si bien es necesario no perder nunca de vista la unidad de la

¹ Cf. M. L. West, *Textual Criticism and Editorial Technique*, Stuttgart 1973, p. 7: «by far the greater part of our knowledge of that civilization come to us from what the ancients wrote».

² Cf. J. Siles, *Introducción a la Lengua y Literatura Latinas*, Madrid 1983, pp. 32-33.

³ Cf. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. F. Alatorre y A. Alatorre, México 1955 (reimpr. 1976), I, p. 12.

⁴ La expresión es de P. Maas («fragwürdige Zuverlässigkeit») en *Textkritik*, Leipzig 1957³, p. 5.

⁵ Previa en el sentido de que, de darse tal tarea, conviene que se anteponga en el tiempo a los demás cometidos del filólogo. Así G. Jäger, quien establece estas tres tareas para la Filología Clásica: 1) Crítica textual y Técnica editorial, 2) Lexicografía y Gramática, Comentario lingüístico, 3) Interpretación (*Einführung in die Klassische Philologie*, Munich 1978, p. 12).

filología»⁶. De modo que esa especialización debe venir acompañada del examen de conjunto. «Ambos se necesitan y se complementan recíprocamente. La especialización sin el universalismo es ciega. El universalismo sin la especialización es una pompa de jabón» proclamaba E. R. Curtius⁷. Por ello, la Crítica y otras disciplinas afines, tales como Codicología, Papirología, Paleografía o Historia de los textos, no exceden en sus objetivos los fines de aquello que en Europa continental es conocido por el nombre de Filología Clásica, ciencia ésta que las aúna, engloba e integra⁸; al tiempo que la Crítica no es una disciplina exclusiva de los estudios clásicos, sino que se halla igualmente bien representada en el resto de las filologías, desde donde, con frecuencia, se ha contribuido con éxito a su desarrollo y progreso⁹.

Nuestro propósito, en las páginas que siguen, es explicitar, a partir del testimonio neotérico, algo acerca de las relaciones entre filología y crítica del texto, ejemplificar, con su interacción, su implicación y trascendencia, desvelar cómo opera una en el seno de la otra y cómo, al tiempo, se manifiestan como interdependientes; reflexionar, en fin, sobre su relación solidaria.

EL TESTIMONIO NEOTÉRICO

Alrededor de los comienzos del siglo I a.C., la poesía latina conoce un notable cambio de orientación. La introducción en Roma del gusto alejandrino por parte de un grupo, más o menos homogéneo, de escritores a los que, a partir de unas alusiones algo despectivas de Cicerón, hemos convenido en denominar *poetae noui* o *neoteri*¹⁰, propició el advenimiento de nuevos ideales artísticos y consecuentemente el avivar de algunas polémicas literarias. No podríamos entrar en detalles. Bastaría —en nuestra opinión— constatar, por ejemplo, la evolución de la lengua poética en el período comprendido entre Lucrecio y Virgilio¹¹, esto es, durante el interludio propiamente neotérico, para comprender la «convulsión» que en determinados, pero substanciales aspectos supuso la obra de los *noui*¹². Y aun, para algunos, el neoterismo será algo parecido a una corriente estética, intermitentemente renovada, pero constante, dentro de la historia de la literatura romana; así, E. Castorina¹³ ha rastreado la revitalización de los postulados neotéricos desde Virgilio hasta Ausonio y Optaciano.

Por otro lado, el testimonio neotérico parece —para el propósito que perseguimos— sumamente ilustrativo, si se tiene en cuenta su perentoria dependencia de la transmisión. Podría, en

⁶ En «La filología latina: objetivos y métodos», *Durius* III, 1, 1975, p. 58.

⁷ *Loc. cit.*

⁸ Cf. West, *loc. cit.*: «textual criticism is not the be-all and end-all of classical scholarship, which is the study of civilization».

⁹ Recuérdese, por ejemplo, la decisiva crítica del sistema lachmanniano del gran romanista francés J. Bédier.

¹⁰ νεώτεροι *Att.* 7, 2, 1 (50 a.C.); *poetae noui*, *Ora-tor* 161 (46 a.C.). Una tercera expresión ciceroniana (*Tusc.* 3, 45) *cantores Euphorionis* (45 a.C.) a menudo socorrida, puede alcanzar a poetas no estrictamente neotéricos y, especialmente, a Cornelio Galo (cf. A. Traglia, *Poetae noui*, Roma 1962, p. 23, y R. O. A. M. Lyne, «The neoteric poets», *CQ* 28, 1978, pp. 185-186). Una muy razonable crítica a que estas alusiones puedan referirse a un mismo y homogéneo grupo de escritores puede verse en N. B. Crowther, «Οἱ νεώτεροι, Poetae Noui, and Cantores Euphorionis», *CQ* 20, 1970, pp. 322-327.

¹¹ Justamente vio M. Leumann que Lucrecio más lingüística que cronológicamente se encuentra a medio camino entre Ennio y Virgilio (Kroll-Janssen-Leumann, *La lingua poetica latina*, edición al cuidado de A. Lunelli, Bolonia 1974, p. 145).

¹² Citemos, por ejemplo, algún aspecto trascendental, como el afán de retoque y corrección de las obras que, en opinión de M. Dolç, «quedarán, en lo sucesivo, como un distintivo del escritor consciente de su misión artística» («Los 'Noui poetae': su vinculación con la literatura nacional», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1964, p. 370); o también el descubrimiento en la conciencia latina y, por tanto, para el futuro de la cultura occidental, del valor preeminente del estilo como preocupación inseparable de la expresión, según E. Paratore («Poetiche e correnti letterarie nell'antica Roma», *Quaderni della RCCM* 10, 1970, p. 62).

¹³ *Questioni neoteriche*, Florencia 1968.

efecto, decirse de un modo general que nuestro conocimiento de los *noui* está íntimamente ligado a los detalles de su transmisión, e incluso que aquél es casi directamente proporcional al material textual por ésta preservado. Sirviéndonos de las metáforas popularizadas por H. Bardon, cabría decir que de los *noui* sólo Catulo es visible cumbre emergente; el resto, obscuridad, silencio y niebla con su «irritant mystère».

Así, no tanto la indudable personalidad poética de Catulo, cuanto su —comparativamente— privilegiado trato por la tradición ha decidido su estudio independiente y, en cierto modo, al margen de sus compañeros y amigos¹⁴. En tanto, figuras tan relevantes para los antiguos como Levio o Calvo, pero maltratados por la transmisión, deben, en la mayoría de los casos, verse obligadas a un necesariamente despersonalizador estudio de conjunto. Cabe, pues, preguntarse por la causa que pudo determinar la conservación de unos textos y la pérdida de otros. Recogeremos, a título ilustrativo, dos respuestas que reflejan posturas antagónicas.

Justamente preocupado por la arbitrariedad que para el filólogo supone la selección textual operada por la transmisión, Bardon creyó ver en el ciego azar una de las últimas razones de tal despropósito: «du sauvetage des oeuvres, l'instable Fortune s'est chargée»¹⁵. En las antípodas de esta opinión podría señalarse aquella otra, alguna vez formulada, según la cual se ha conservado únicamente aquello que merecía la pena conservarse. Así pues, ¿el azar o la necesidad?, ¿cuál de estas dos causas alegaremos para explicar una conservación textual tan selectiva?

Si la necesidad, esto es, si determinados valores extrínsecos o intrínsecos fueron decisivos para la preservación de una obra, ¿cuáles fueron éstos? Si su calidad, ¿por qué, por ejemplo, no se ha conservado el *Thyestes* de Vario, tan admirado por los antiguos, y sí, en cambio, los sermoncillos de San Paciano? Y aun admitiendo un hipotético valor cualitativo, aunque diverso, en todas las obras conservadas, ¿cómo explicar la nada equitativa repartición cuantitativa de éstas? ¿Por qué tantos San Isidoros y un único y tardío Rutilio Namaciano? Y aun si la prevalencia —fuere del tipo que fuere— de un autor sobre otro podría justificar cierta preponderancia textual cuantitativa, ¿cómo entender por qué se conservó entero el libro I de Rutilio y, en cambio, sólo 68 versos del segundo?, ¿podría aquí alegarse un mayor interés o calidad en uno u otro libro?; ¿y qué decir de aquellas obras irremediamente mutiladas como el *De lingua latina* de Varrón? Añádese, en fin, que algún interés específico —histórico o lingüístico, por ejemplo— ha podido preservar determinadas obras en perjuicio de otras, estéticamente quizá más dignas, que no presentaban esos intereses. Con todo se nos hace difícil comprender qué méritos hicieron que determinados documentos, literarios o no, de sin duda extraordinaria importancia se perdieran y otros que ostensiblemente no presentaban tal interés, se conservaran. Entonces, ¿fue el azar el agente de las transmisiones?

Pero «no hablemos nunca de azar», así concluía el gran R. Jakobson¹⁶, evocando a J. de Maistre, su selección de trabajos sobre la palabra y el lenguaje. En verdad, el azar es, en principio, incompatible con el espíritu de la ciencia, cuyo objeto —podría con alguna exageración decirse— es precisamente desterrarlo o controlarlo; substituir, en fin, como por una especie de metátesis sistemática, el argumento de la *casualidad* por el de la *causalidad*. Por ello —creemos—, es necesario también revisar el lírico pesimismo de opiniones como la de Bardon; y

¹⁴ Indudablemente, la cuestión de la fragmentariedad textual merecería ulteriores reflexiones; bástenos aquí considerar, por ejemplo, la posibilidad de haber conservado de Catulo únicamente los cinco testimonios que K. Buechner ofrece en sus *Fragmenta poetarum Latinorum* (Leipzig 1982, pp. 107 y s.), el Veronés no sería entonces el poeta del *passer*, ni el de los epilios de Bere-

nice o Attis, ni el aventurero de Bitinia, ni siquiera, en fin, el inmortal cantor de Lesbia.

¹⁵ Cf. *La Littérature Latine Inconnue*, París 1956, II, p. 320.

¹⁶ Cf. *Selected Writings*, La Haya-París, 1971, II, p. 722.

no sólo eso, debe, además, señalarse que, *de facto*, el estudio de las causas que han determinado o no la conservación de una obra, ha de constituir irremediablemente uno de los cometidos de la Crítica.

Mutabilidad de los gustos literarios, pragmatismo, circunstancias comerciales o geográficas, invasiones, censura religiosa o política, material escriturario y otras tantas contingencias deben ser inventariadas y analizadas. Ciertamente que no siempre es posible precisar las causas que propiciaron la salvación o pérdida de una obra, y que, asimismo, no sean descartables motivaciones de muy difícil, e incluso prácticamente imposible verificación, tales como capricho o negligencia de un copista, accidentes imprevisibles como incendios, o, en suma, aquella voluntad instintivamente destructiva que A. Blecua¹⁷ ha llamado «inclinación aniquiladora de los censores». Pero todo ello no exime de la necesidad de investigar qué móviles, a menudo no tan inextricablemente, han condicionado la supervivencia o desaparición de una obra.

Así, algunas de estas causas generales, como provincialismo o jerarquización estética, podrían invocarse con cierto derecho para la tradición de los textos neotéricos. En efecto, la valoración estética de los críticos literarios, ejercida ya en la Antigüedad con cierta rigidez —recuérdese la onerosa influencia del severo veredicto horaciano— ha posibilitado que, por ejemplo, los talentos menos dotados de un género o una época se vieran anulados o «eclipsados» en la tradición por las grandes figuras. Ello podría explicar, para el caso neotérico, por qué, por ejemplo, se perdió la obra de Furio Bibáculo y no la de Catulo. Sin embargo, aún cabría preguntarse con Bardon¹⁸: «Pourquoi Calvus, et non pas Catulle?». En este caso sería arbitrario invocar una prevalencia cualitativa; uno y otro fueron considerados las dos grandes figuras de los *novi* por la generalidad de los antiguos, quienes con frecuencia asociaron sus nombres¹⁹. Quizá aquí podría aventurarse cierto provincialismo, al menos bien patente en la recuperación del Veronense, salvado del olvido gracias al celo de cierto paisano suyo²⁰. Desafortunadamente, no es ésta la circunstancia de Calvo, muy probablemente oriundo de Roma²¹, ciudad, por otra parte, bien fértil en hijos ilustres.

TRANSMISIÓN: CONDICIONANTES GENERALES Y ESPECÍFICOS

De un modo general, puede decirse que cada obra presenta su propia y singular transmisión textual. Y aún más: a veces, cada parte de una obra, incluso cada palabra, podría reclamar justamente el estudio particular de su transmisión, su propio *stemma*. Esta consideración, puesta en evidencia, por ejemplo, en los manuscritos contaminados y en las recensiones abiertas, conduciría inevitablemente a una labor de investigación prácticamente infinita; y aunque en la actualidad la transmisión sea más bien contemplada como un proceso continuo de contaminación que como proceso lineal cerrado, en la mayoría de los casos, por fortuna, un límite más módico es suficiente para los objetivos que la Crítica persigue y un sensato sentido de la economía científica impone la selección de sólo aquellos datos que manifiesten un probado interés. Vale, pues, todavía aquí aquel principio de Bacon: «*Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*». Así, si bien es cierto que, como afirma West²², «textual criticism cannot be reduced to a set of rules: each

¹⁷ Cf. *Manual de Crítica Textual*, Madrid 1983, p. 30.

¹⁸ *Loc. cit.*

¹⁹ Ver Traglia, *op. cit.*, p. 17; y Castorina, *op. cit.*, pp. 79 y s., quien habla incluso de un «binomio Calvo-Catulo».

²⁰ Ver, por ejemplo, en R. A. B. Mynors, *C. Catuli*

Carmina, Oxford 1980⁶, los detalles del descubrimiento del manuscrito veronense de Catulo en las páginas dedicadas al Prefacio.

²¹ Castorina (*op. cit.*, pp. 63 y s.) llega incluso a conjeturar casa y calle natal.

²² *Op. cit.*, p. 9.

new problem calls for a new thought», también es verdad que es lícito, siempre sin dogmatismos y en prevención de una absurda atomización de la Crítica, proponer, para una aplicación sistemática, una serie de principios o tendencias generales y abstractas deducidas del examen exhaustivo de datos empíricos sólidamente establecidos. Así, aunque la extensión y profundidad del análisis de la transmisión de un texto vengan definidas por la finalidad del propio análisis, no sólo es perfectamente factible, sino necesario para el quehacer filológico el establecimiento de ciertos principios rectores, de una metodología.

Desde luego, el ideal metodológico sería «imponer mediante el estudio científico de los datos de la tradición, una selección casi mecánica»²³, sin embargo, es éste un objetivo poco realista; la Crítica ni es una ciencia exacta, ni presenta reglas de validez universal. La Crítica —puede decirse— es «más arte que ciencia»²⁴. Con todo —insistamos—, es conveniente la proposición de ciertas directrices. Deberíamos aquí recordar la conocida sentencia del fonetista francés M. Grammont, quien solía afirmar preferir antes la existencia de una ley susceptible de ser mejorada que la ausencia de toda ley. Ésta, sin duda, arriesgada opinión y que, en consecuencia, debe ser contemplada con cautela, no es, sin embargo, un procedimiento desconocido para las llamadas ciencias del espíritu, siendo, por otra parte, su mayor atractivo su carácter productivo y funcional. K. R. Popper, en efecto, popularizaría y razonaría las ventajas de las hipótesis y el pensamiento especulativo, insistiendo en las condiciones de falsabilidad de los enunciados²⁵.

No debe, pues, sorprender el desmantelamiento de ciertos principios caducados e inoperativos y su substitución por otros nuevos, ni el hecho de que algunos fundamentos que parecieron básicos para una ciencia deban, tras comprobarse su inexactitud, ser arrojados sin conmiseración por la borda; a menudo, sólo aquellos viejos postulados propiciaron el nacimiento y desarrollo de otros nuevos, más precisos y eficaces. Así, para la actual Crítica ya no es sostenible la infalibilidad de principios tales como el *recentiores, deteriores*, el de la *lectio difficilior*, el concepto inmutable de «ejemplar-patrón» o la forzosa necesidad del *stemma*, argumentos que, empero, en su día constituyeron fuerzas dinamizadoras para una disciplina joven; y aún, no improbablemente, nos veremos obligados en el futuro a rectificar alguna de las directrices hoy en boga; es uno de los precios que deben pagar las ciencias del espíritu en su irrenunciable búsqueda de un método cada vez más seguro, eficaz y preciso.

TRADICIÓN INDIRECTA: LAS CITACIONES

Nos atreveríamos a postular que, aun dentro de la amplísima variedad de transmisiones, el testimonio textual neotérico ofrece condicionantes muy singulares. Esa particularidad, con la excepción catuliana, se basa en la exclusividad casi absoluta de su tradición indirecta. En este caso,

²³ Cf. J. S. Lasso de la Vega, «Algunas reflexiones sobre la crítica textual griega», en *Actualización Científica en Filología Griega*, Madrid 1984, p. 150.

²⁴ *Ibid.*, p. 161.

²⁵ He aquí algunas ideas de Popper (*La lógica de la investigación científica*, trad. de V. Sánchez de Zavala, Madrid 1982^o, p. 48): «la característica distintiva de los enunciados científicos reside en que son susceptibles de revisión (...) en el hecho de que pueden ser sometidos a crítica y reemplazados por otros mejores», y aún (p. 261): «el único medio que tenemos de interpretar la Naturaleza

son las ideas audaces, las anticipaciones injustificadas y el pensamiento especulativo (...) los que no están dispuestos a exponer sus ideas a la aventura de la refutación no toman parte en el juego de la ciencia». La cuestión de la modificación de hipótesis previamente aceptadas puede verse también, desde una perspectiva distinta, en C. G. Hempel, *Filosofía de la Ciencia Natural*, trad. de A. Deaño, Madrid 1980^o, p. 67, al tiempo que una defensa de la especulación (pp. 29 y s.) y de la necesidad de contrastabilidad y falsabilidad de las teorías científicas (pp. 34 y 53 y ss.).

a través de las citaciones de escritores, gramáticos y glosógrafos, ya fueran contemporáneos o posteriores. De suerte que, muy *grosso modo*, podría afirmarse que la transmisión del material textual neotérico aparece estrictamente ligado a la cuestión de la citación.

Es, en efecto, a Suetonio, Aulo Gelio, Carisio, Porfirión, Nonio, Prisciano, Macrobio, San Isidoro, Quintiliano o Cicerón, entre otros, y a la curiosidad de algún escoliasta anónimo, a quienes debemos la conservación del *corpus* neotérico. *Corpus*, desafortunadamente, fragmentario, resbaladizo y exiguo. Pero, antes que nada, debe decirse que este tipo de transmisión indirecta o, si se prefiere, todavía *más indirecta*²⁶, presenta, en virtud de su carácter más mediato, una mayor complejidad para el análisis. No obstante, antes de examinar con algún detalle la con frecuencia especialmente tortuosa tradición de las citas, querríamos decir algunas palabras sobre el carácter y los límites de la cita misma.

En primer lugar, podríamos decir que una cita es una especie de «*corps étranger*» para cualquier texto, en cuanto una de sus más notorias características es, no ya pertenecer a la «patente» de un segundo escritor (esta circunstancia puede alguna vez no darse, verbigracia, cuando un autor se cita a sí mismo), sino la pertenencia a una obra ajena, esto es, el fragmento textual que llamamos «cita» ha «nacido» en un lugar distinto al de su posterior ubicación. Se trata, pues, de un fenómeno de transferencia contextual, de *transcontextualización*, y, por lo tanto, debe ser escrupulosamente delimitado, al tiempo que, simultáneamente, puesto en relación con otros fenómenos de translación y alienación textual que puedan serle afines. Pensamos, por ejemplo, en el centón, la paráfrasis e incluso la traducción. Todos estos fenómenos presentan en común, además, el hecho de relacionarse fácilmente con una cuestión que atañe muy directamente a la literatura antigua, la de la imitación y la originalidad. En ese sentido, la cita es el procedimiento más honesto que conocemos. Se trata de un préstamo aseptico, no de una usurpación o una compra de derechos exclusivos. Empréstito, además, garantizado las más veces por la mención expresa de su procedencia, esto es, por el nombre de su legítimo dueño y el domicilio de la propiedad. Su cuantía tampoco suele ser de importancia y el hecho, en fin, de que nunca deje de pertenecer a sus propietarios legales, parece igualmente preservar a la cita de todo aquello que no fuere una utilización esmerada. En otras palabras, frente a la paráfrasis, por ejemplo, las características más distintivas de la cita serían quizá su literalidad y su extensión nunca considerable. A la hora de reconstruir un original perdido, la paráfrasis, pues, compite desigualmente con la cita; puede vencer a ésta en cantidad, nunca, o muy difícilmente, en precisión. En cualquier caso, aquélla no carece tampoco de valor reconstructivo²⁷. También —claro está— no todo texto es igualmente susceptible de paráfrasis; la poesía lo es en mucha menos medida que la prosa; los tratados, en mayor que los discursos.

Por otro lado, paráfrasis y citas pueden —por este orden de posibilidades— presentarse alguna vez traducidas, si la fuente original de procedencia se hallaba escrita en otra lengua. En tal caso, la paráfrasis sería una traducción doble, pues siempre es, por otra parte, una traducción a nivel intralingüístico (*rewording*), una reformulación de unos signos verbales mediante otros distintos de una misma lengua. La traducción propiamente dicha (*translation proper*) es por necesidad, *sensu stricto*, aun en esos casos que adjetivamos «literal», una traducción doble, en cuanto

²⁶ En rigor, como su etimología transluce, toda *transmisión* es un proceso mediato, por tanto, *indirecto*. No obstante, convencionalmente se distinguen diversos grados de mediatez en los textos, aunque, por ejemplo, incluso para muchos de los textos epigráficos no cabría hablar, en pleno derecho, de tradición *directa*, tal como

acertadamente señaló J. Mallon (*Paléographie romaine*, Madrid 1952).

²⁷ Recordemos, por ejemplo, el mejorado conocimiento que poseemos del *De re publica* ciceroniano gracias a los fragmentos parafraseados por Lactancio.

incluye la reformulación intralingüística e interlingüística. Sus virtudes reconstructivas pueden, no obstante, ser nada despreciables²⁸. Su literalidad, especialmente si la comparamos con las hodiernas exigencias, era en los antiguos fluctuante²⁹. Exceptuando algún caso límite, su extensión es siempre mucho mayor que la de la cita, coincidiendo con el centón en que puede —y normalmente lo hace— prescindir de todo contexto en el sentido estricto de la palabra. También, al igual que el centón, una vez obtenida la licencia pertinente, el nuevo producto puede, a diferencia de la cita, venderse con plenos títulos de autoctonía. Sin embargo, la traducción no llega a superar al centón en la ambición de componerse en un organismo nuevo y diferente de la fuente original, ni, asimismo, en la morosidad en el reconocimiento de los débitos adquiridos con los dueños primitivos.

La cita es, pues, dejando al margen aquellos casos límites, un fenómeno bien diferenciable, si bien no por ello deje de presentar rasgos en común con otros fenómenos de utilización de material textual de —por decirlo de algún modo— «segunda mano», de —si se nos permite una bárbara expresión— «reciclaje» de textos.

Volvamos ahora a la tradición de una cita y al acto de la citación. En realidad, el texto pervenido por medio de una citación representa siempre al menos una doble tradición: desde el contexto original al del citador, y luego, inserto ya en ese nuevo contexto, desde el citador hasta nuestras manos. Podemos, en consecuencia, interrogarnos acerca de, por lo menos, tres fases decisivas en este proceso:

- Del decurso de un texto hasta el momento en que viene citado por algún autor.
- De la fase en la que el texto se inserta en un contexto nuevo, es decir, del momento de la citación.
- Del decurso de un texto (cita) en ese nuevo contexto.

Puede, *sensu lato*, decirse que el problema de la citación atañe mucho más específicamente a las dos primeras etapas o fases y con toda propiedad a la segunda. No obstante, y dado que, en las páginas que siguen, nos ocuparemos con algo más de detalle de las dos primeras fases, no sabríamos eludir la realización de algunas observaciones sobre aquello que estipulativamente definíamos como tercera fase.

Imaginemos que la cita ha sido ya efectuada. En la mayor parte de los casos cabe pensar que, una vez inserta y adaptada a su nuevo contexto, la cita experimentará única y exactamente aquellas mismas perturbaciones que pueda sufrir el resto del texto. Sin embargo, plausiblemente, una cita puede ver expuesta su textualidad a un mayor número de riesgos. Por ejemplo, el copista puede —como sucede frecuentemente— «detectar» la cita, esto es, apercibirse del carácter peculiar del texto. En ese caso puede —aunque rara vez—, si dispone de medios para ello, intentar verificarla. Puede igualmente prescindir de ella, ya porque la considere superflua o sin interés, ya porque no la entienda por tratarse de un lenguaje dialectal o arcaico, o bien por tratarse de una lengua distinta, en cuyo caso puede —alguna vez— intentar traducirla. Una vez, pues, «detectada» su especial idiosincrasia, la cita puede o no supervivir; en cualquier caso, su legitimidad se verá amenazada por un mayor número de peligros y, al límite, por el siempre temible fantasma de la normalización.

Respecto a las dos primeras fases, debe intentar responderse a una serie de cuestiones generales, pero decisivas. En esencia: ¿cuándo y dónde, quién, qué, por qué y cómo cita? Todo ello

²⁸ Recuérdese, por ejemplo, las aportaciones de las traducciones planudeas al texto de las *Metamorphoses* de Ovidio.

²⁹ Piénsese, por ejemplo, en las muy diferentes versiones latinas de los «Fenómenos» de Arato (traducciones, paráfrasis y acotaciones en Cicerón, Manilio, Germánico, Higino, Avieno, Aquiles Tacio).

debe conducir a revelar en nuestro análisis un buen número de detalles de importancia, por ejemplo, ¿se muestra en sus citas el citador fidedigno o no?, ¿cita o no de memoria?, ¿de qué fuentes pudo disponer en su época?, y, en suma, ¿es la autenticidad de la cita cuestionable o no?

Querríamos, antes de abordar directamente algunos textos neotéricos, formular estos interrogantes a algún autor en concreto, a fin de, algo menos esquemáticamente, poder ejemplificar el interés de los resultados de tales encuestas. El caso de Aulo Gelio, una de las fuentes más importantes para el conocimiento de los *noui*, podría —pensamos— muy bien ajustarse a nuestros propósitos.

AULO GELIO COMO CITADOR

El ámbito espacio-temporal en el que una citación se inscribe es siempre significativo. Gelio escribe en la segunda mitad del siglo segundo. En esta época tiene lugar un acelerado desarrollo en el interés por los escritores del pasado. Este culto del pasado hizo que los escritores más antiguos fueran sacados de los estantes y estudiados con apasionado interés³⁰ y tuvo su correlato en la aparición de un movimiento literario arcaizante, llamado también por algunos «frontoniano» a partir de su representante más conspicuo. Gelio se sitúa, por tanto, antes de la llamada «primera laguna cultural», la del siglo tercero, donde tantas obras se perdieron; de modo que puede, en principio, suponerse una tradición más bien lineal e ininterrumpida de los textos neotéricos hasta sus manos. Sólo, en cambio, un siglo más tarde la situación hubiera sido bien distinta.

Una noticia no excesivamente fidedigna de Radulfo de Diceto (s. XII) asigna el año 169 para la publicación de *Noctes Atticae*, la obra de Gelio. En cualquier caso, alrededor de esa fecha nuestro autor comienza en Atenas la redacción de su obra. Algunos de estos datos posibilitarían que ya, para el caso de Gelio, concretizáramos nuestro *dónde-cuándo* en determinadas cuestiones. Por ejemplo, el hecho de que algunos de esos autores citados, como es el caso de los *noui*, hubiesen caído largo tiempo fuera del interés más inmediato, ¿no podría haberlos preservado de los deterioros inherentes a una pródiga tradición?, ¿o bien la falta de copias propició la pérdida de parte o muchas de esas obras? Entonces, ¿pudo Gelio servirse de textos completos, o tan sólo de esos compendios de antologistas «privati di scrupoli», como los define G. Pasquali³¹? No siendo Gelio contemporáneo de los *noui*, ¿pudo tener acceso a algún original?, o más simplemente ¿pudo en Atenas disponer del material que citaba?, ¿supondría ello algún tipo de comercio librario? Cuestiones todas ellas que, a su vez, implicarían otras generales o específicas³².

Consideremos ahora la cuestión *quién* cita. Aulo Gelio (130-175 d.C. *circa*) fue, en expresión de A. Rostagni³³ «un innamorato dei libri», muy especialmente de los antiguos, aunque no un hombre de destacada personalidad. Su personalidad literaria era —si creemos a algunos autores— menor, interesando más a su naturaleza pedante las hojas secas que el árbol florido³⁴. Así,

³⁰ Cf. Reynolds-Wilson, *Scribes & Scholars*, Oxford 1974², p. 27.

³¹ *Storia della tradizione e critica del testo*, Florencia 1971², p. 188.

³² No podemos ser exhaustivos, sin embargo, la interrogante espacio-tiempo debería, en igual medida, extenderse también a la propia cita; así, por ejemplo, el contexto en que ésta aparezca puede ser un factor deter-

minante. Recuérdese, verbigracia, la importancia que para los testimonios epigráficos supone su soporte material, su contexto no-lingüístico (véase J. Siles, *Léxico de Inscripciones Ibéricas*, Madrid 1985, p. 16).

³³ *Storia della letteratura latina*, Turín 1964³, III, p. 319).

³⁴ V. Schanz-Hosius, *Geschichte der römischen Literatur*, Munich 1927⁴ (reimpr. 1959), III, p. 179.

el interés de su obra reside principalmente en la valiosísima fuente de testimonios de la literatura antigua que aporta, junto a un sinfín de noticias de todo tipo sobre la Antigüedad. Literariamente, Gelio, aunque dominado por intereses más eruditos que estéticos³⁵, se coloca junto a Frontón como exponente del mismo ideal arcaizante. Bástenos ahora saber que cita no como gramático, sino como escritor, con los riesgos que ello comporta, pues, en principio, hay que conceder una mayor objetividad y crédito a los gramáticos, quienes iban por los textos a la caza de ejemplos para sus reglas³⁶. Tal perspectiva nos hace indirectamente abordar una tercera interrogante: ¿por qué se cita?

Gelio cita sobre todo en busca de apoyo para, por regla general, sus opiniones literarias; otras veces, a la caza y captura de esos vocablos, arcaicos o en desuso, tan del gusto de sus contemporáneos³⁷. Ambos casos son bien diferentes. En el primero existe un grave riesgo de que Gelio intentase modificar el testimonio a citar, a fin de hacerlo coincidir con sus tesis. En el segundo caso, en cambio, puede decirse que ciertas citas estaban garantizadas por su propia singularidad, ya que ningún citador hubiese podido inventar ciertas variantes³⁸. Así, cuando pueda demostrarse que el propósito de Gelio es sólo enfatizar o ilustrar palabras o frases divergentes, puede otorgarse a su citación mayores visos de autenticidad³⁹. Por ello, con razón sostiene Pasquali que indicar por qué razón o por cuál vocablo un pasaje es citado, significa un progreso técnico evidente, dado que algunas citas pueden valer únicamente en razón de la(s) palabra(s) por la(s) que la citación se ofrece, ya que a los antiguos sólo les importaba(n) aquella(s), en tanto que para el resto podían abreviar, simplificar o incluso substituir por pura negligencia o comodidad⁴⁰.

¿Qué se cita? En las *Noctes* cítanse tanto poemas completos, cuanto versos o formas aisladas. La extensión de la cita es un detalle a tener bien en cuenta. Las citas breves pueden ser indicio claro de haber sido hechas de memoria⁴¹. Las de cierta extensión tienen normalmente alguna validez mayor⁴². Ello conduce a una primera cautela: determinar con precisión qué es exactamente lo citado. Ello no siempre es fácil. Es también de interés determinar si la cita es verso o prosa, de un autor contemporáneo o remoto; y si se da su nombre, el título de la obra o, al menos, la fuente consultada.

¿Cómo se cita? He aquí, probablemente, la cuestión de menos fácil respuesta. Dos son los problemas fundamentales: si la citación es realizada o no de memoria, y de qué fuentes dispone y cómo las utiliza el citador. A estas cuestiones sólo se dará una respuesta satisfactoria si se atiende orgánicamente a la implicación de esta interrogante con las anteriores, de suerte que el complejo de los datos anteriores pueda conducirnos a algunas conclusiones generales, tales como si el citador se muestra o no minucioso, si dispuso de fuentes apropiadas o en qué condiciones se manifiesta más o menos metódico y fidedigno.

En favor de Gelio se ha esgrimido el cuidado que aporta en la reproducción de las citas e incluso en su verificación⁴³, indicando si se trata de citación literal o resumen⁴⁴ y ostentando una

³⁵ Cf. A. Rostagni, *Lineamenti di storia della Letteratura latina*, Verona 1976³⁷, p. 266.

³⁶ Cf. F. W. Hall, *A Companion to Classical Texts*, Chicago 1913 (reimpr. 1970), pp. 142-143; y West, *op. cit.*, p. 17.

³⁷ La palabra, el *insperatum atque inopinatum uerbum* deviene la célula del estilo frontoniano, como para el senecismo lo fue la *sententia* y para el ciceronianismo, el período (ver A. Traina, «Riflessioni sulla storia della lingua latina», p. XXVI, en la introducción a la *Storia della lingua latina* de Stolz-Debrunner-Schmid, trad. ital. de C. Benedikter, Bolonia 1973³). De hecho Gelio presenta varias citas de *uerba singula* (por ejemplo,

en XII 7, 14, veintitrés expresiones de Levio), hábito frecuente en una época en la que estaba extendida la práctica de los *excerpta* y en la que deliberadamente se empleaba la expresión *legere ex*, indicándose así que leer equivalía a extraer notas de un libro (cf. L. Marache, *Aulu-Gelle*, París 1967, p. XV).

³⁸ Cf. Pasquali, *op. cit.*, p. 189.

³⁹ Cf. Reynolds-Wilson, *op. cit.*, p. 198.

⁴⁰ Cf. Pasquali, *op. cit.*, p. 189 y n.

⁴¹ *Ibid.*, p. 244.

⁴² *Ibid.*, p. 188.

⁴³ Cf. Marache, *op. cit.*, p. XLI.

⁴⁴ *Ibid.*, p. XXXVIII.

indudable riqueza de documentación. No obstante, otros detalles invitan a la caución: un buen número de citas están imbricadas las unas con las otras, no correspondiendo a lecturas reales⁴⁵. Gelio, aunque no siempre presenta citas de primera mano, se esfuerza en que los autores aparezcan como si él los hubiese examinado personalmente. Comoquiera, reconociendo siempre en Gelio un no discreto componente de honestidad, podría decirse que, en conjunto, ha citado más honradamente que el resto de los antiguos⁴⁶, todo ello —claro es— dentro del contexto general de poca escrupulosidad en el que realizaban sus citas los antiguos, quienes no solían tener aquel hábito de exactitud que hoy nos parece caracteriza a la ciencia⁴⁷. Digamos, para concluir, en su defensa que existían sólidas razones, fundamentalmente de índole formal y material, para tal tipo de práctica: así, entre otras, la falta de numeración de páginas y líneas, la ausencia de división por capítulos, el tipo especial del *volumen*, que se presentaba como enrollado, no facilitando una frecuente consulta ni una rápida referencia, la insuficiencia de ediciones o la no reedición de obras «anticuadas»⁴⁸.

SELECCIÓN Y DESCRIPCIÓN

Queríamos concluir ejemplificando algo de lo hasta aquí expuesto con el concurso del *corpus* neotérico. Es menester repetir que no puede animarnos ningún afán de exhaustividad. La crítica es una disciplina de vastos ámbitos; de ella, empero, sólo hemos podido atender a determinados aspectos, fundamentalmente al de la citación, e, incluso dentro de ésta, nuestro examen ha sido necesariamente parcial. También ahora necesariamente habremos de ser selectivos con los testimonios. Ante todo, nos interesa reflexionar acerca de las relaciones existentes entre Filología y Crítica del texto, analizar menos la calidad o solidez de los datos, que los posibles modos de relacionarse entre ellos; más, en síntesis, el *modus operandi* para la consecución de resultados que el establecimiento de éstos, intentando así atender a la penetrante advertencia de E. Sapir cuando, en su artículo —sin duda en tantos aspectos trascendental— «Sounds Patterns in Language», publicado en el primer número de la revista *Language* (1925), emitía una sentencia que vendría célebre: «no son las cosas lo que cuentan, sino las relaciones que las unen».

Por último, nos resta sólo decir que nos hemos esforzado por una propuesta de descripción objetiva; con todo, no se nos escapa que, en el actual estado de conocimiento de la cuestión neotérica, algunos detalles, por motivos, sobre todo, relacionados con la fragmentariedad de los testimonios, deben ser considerados ciertamente provisionales. Con ello, tampoco queríamos sustraernos a cualquier responsabilidad o rehuir el compromiso de arbitrariedad inherente a toda descripción, olvidando con nuestra ilusoria actitud la sagaz afirmación de M. S. Ruipérez, «una descripción es ya en buena parte una interpretación»⁴⁹.

EL CORPUS NEOTÉRICO. IMPLICACIONES DE SU INTERPRETACIÓN⁵⁰

Un importante contingente de citas ofrece un único término, normalmente vocablos extraños o exóticos. Puede, en principio, suponerse que la propia singularidad de estas formas las

⁴⁵ *Ibid.*, p. XXXVII.

⁴⁶ Cf. Schanz-Hosius, *op. cit.*, III, p. 178. También para Marache (*op. cit.*, p. XXXVIII) nuestro autor «ne se présente pas comme un faussaire».

⁴⁷ Cf. Pasquali, *op. cit.*, p. 188.

⁴⁸ Cf. Hall, *op. cit.*, pp. 14-15; Marache, *op. cit.*,

pp. XV-XVI; y Reynolds-Wilson, *op. cit.*, p. 198.

⁴⁹ *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo*, Salamanca 1954, p. 1.

⁵⁰ Para la mención de los textos abreviaremos: Traglia = A. Traglia, *Poetae novi*, Roma 1962; Granarolo = J. Granarolo, «L'époque néotérique ou la poésie

ha preservado mejor de los deterioros de la tradición, y, asimismo, que la memoria de los citadores es receptora de una mayor fiducia en virtud de la brevedad y, de ahí, facilidad de retención mnemotécnica de lo *memorandum*. Así, si, en principio, toda cita breve es sospechosa de ser ejecutada de memoria, el tipo, en cambio, de *inaudita uerba*, en razón de su singularidad, debería por regla general comportar una verificación directa. En tal caso —como dijimos— no importa gran cosa la índole del autor, éste se comporta como un gramático. En contrapartida, la posibilidad de transmitir una forma aberrante es también mucho mayor, y, si en muchos casos una lección «monstruosa» puede ser un excelente indicio para la reconstrucción del original⁵¹, en el caso de estos vocablos, de por sí insólitos, la posibilidad de reconstrucción es casi nula. Conviene, con todo, determinar qué es lo substancial dentro de ese tipo de citas para el criterio del citador. Puede ser tanto un vocablo inaudito, cuanto un uso sintáctico, una variación morfológica, gráfica o fonológica. He aquí el motivo más pequeño que quizá podría invocarse para una cita: la alternancia de un rasgo distintivo inherente, el de sonoridad, en un fonema.

'crabatum' antiqui, nunc 'grabatum' generis neutri, ut Bibaculus: nam meo grabato
(*Dub. nom.* GLK V, 573)

Se trata, por tanto, de subrayar la sonorización de la velar; por lo demás, el texto puede ser debatible, ¿pertenece la cita con total seguridad a la obra de Furio Bibáculo o, menos verosímelmente, quizá a ese, por lo demás perfectamente desconocido, *babiculus* que transmiten los códices y al que, sin dudar, corrigen en *Bibaculus* todos los editores? Si a Bibáculo, el texto debe datarse probablemente como contemporáneo (*nunc*) a la actividad de los *noui*. Al límite, si recordáramos algunas ideas de N. Chomsky sobre el concepto de aceptabilidad lingüística⁵², no faltarían razones para sospechar que, en alguna transmisión, cualquiera de las tres formas emparentadas pudo representar tanto *grabato*, cuanto *crabato*, desvirtuándose así las posibilidades de datación del testimonio. Y aún más. Si aplicáramos hasta sus últimas consecuencias la tendencia a la falibilidad de la memoria en aumento progresivo hacia el final de las citas⁵³, llegaríamos igualmente a la conclusión de que únicamente la alternancia C/G, motivo real y último de la cita, ofrece garantías sólidas de legitimidad. Lo cual, por otra parte, puede no ser poco, si se piensa, por ejemplo, en el interés que para el estudio diacrónico de determinados cambios fonológicos del latín pueda tener el testimonio de este tipo de alternancias⁵⁴.

Un problema bien distinto puede venir planteado por la determinación de la extensión de la cita. Frontón (p. 13 N.) cita:

praestigiae nullae tam uersutae, nulla, ut ait L(a)euius decipula tam insidiosa.

romaine d'avant-garde au dernier siècle de la République (Catulle excepté)», *ANRW*, Berlín-Nueva York 1973, I, 3, pp. 278-360; y Buechner = K. Buechner, *Fragmenta poetarum Latinorum*, Leipzig 1982, los textos neotéricos están comprendidos entre las páginas 55 y 128 (se trata, en realidad, del nuevo volumen de la Teubner que viene a substituir al ya legendario *FPL* de W. Morel); editores a quienes remitimos para el establecimiento de los textos.

⁵¹ Recuérdese que para A. Dain el buen copista era aquel que reproducía incluso las faltas de su modelo (*Les manuscrits*, París 1975³, p. 17). He aquí dos curiosos ejemplos neotéricos: para un poema de Porcio Lícino (Buechner frg. 3, 7), los códices sin rubor presentan: *mortuus est in phalo, Arcadiae oppido*, donde, atendiendo a argumentos geográficos y a la consideración del dictado, real o interno, de la copia, debe evidentemente leerse: *mortuust Stymphali*. En fin, en el célebre canon de los comediógrafos de Vol-

cacio Sedigito (Buechner frg. 1) el v. 5 comienza: *Caecilio palmam Statio...* y los códices fluctúan: *do comico, cominico* y un candoroso *dominico*; sin embargo, estos errores han permitido reconstruir con garantías el legítimo *do mimico*. ¡Con razón el gran Havet insistió en los condicionamientos textuales debidos a la psicología del copista!

⁵² Véase, por ejemplo, *Aspectos de la teoría de la Sintaxis*, trad. de C. P. Otero, Madrid 1976³, pp. 12 y s.

⁵³ Cf. West, *op. cit.*, p. 18: «Quotations particularly tend to trail off inaccurately at the end, as the quoter's memory fails».

⁵⁴ *De facto*, dentro del *corpus* neotérico, no es éste el único ejemplo donde la oclusiva velar presenta alternancias de sonoridad; así, en Cinna (Buechner frg. 9, 1) *Genumana*, que algunos editores corrigen en *Cenumana*, y, en el mismo autor (Buechner frg. 13) *cummis* o *gummis* según los códices.

La cuestión que ha dividido a los filólogos es si aquí el *tam insidiosa* pertenece a Levio o a Frontón⁵⁵.

En otras ocasiones, la cuestión es la asignación de una cita a una u otra obra determinada. Un escolio (Serv. Dan. *ad Verg. Georg.* III 176) presenta el siguiente testimonio de Varrón de Átax:

feta feris Libye.

El texto puede parecer relacionado con otro fragmento del Atacino en el que se hace mención del mar de Libia:

Cingitur Oceano, Libyco mare, flumine Nilo.

Texto que pertenecería a la parte dedicada por el autor al continente africano en su *Chorographia*. Sin embargo, la expresión de Apolonio (IV 1559) Λιβύη θηροτρόφω, obliga a postular, quizá con mayor fundamento, una posible pertenencia del primer texto a los *Argonautae* de Varrón y, en consecuencia, integrarlo, como hace Granarolo⁵⁶, en la categoría de *incertae sedis*.

Cuestiones, por cierto, como la *incerta sedes* o el *incertus auctor* no son infrecuentes en los *corpus* de tipo fragmentario. Por ejemplo, Macrobio (I 18, 16) atribuye a Levio los siguientes hendecasilabos falecios:

*hac qua sol uagus igneas habenas
inmitit propius iugatque terrae.*

El fragmento —que sepamos— fue considerado *dubium* por todos los editores hasta Granarolo y Buechner. La decisión no es intrascendente, por cuanto implicaría para la literatura latina una utilización del falecio anterior a Catulo.

La interpretación métrica de un pasaje, por otro lado, puede ser de gran ayuda para la crítica, pero puede dar lugar también a clamorosas divergencias, especialmente en todos aquellos casos en los que una secuencia métrica se presenta trunca⁵⁷. Un fragmento de Levio citado por Prisciano (GLK II 302):

nunc, Laertie belle, para ire Ithacam

ha dado lugar a cuatro bien distintas interpretaciones métricas⁵⁸. El debate no es ocioso si se tiene en consideración el interés que los aspectos métricos de la obra leviana despertó a partir de la conocida anotación de Porfirión (*ad Hor. Carm.*, III 1, 2-4): *quamuis Laevius lyrica ante Horatium scripserit*.

La confrontación del texto con la fuente imitada por el escritor puede constituir otro procedimiento útil para intentar reconstruir la genuinidad de un lugar sospecho. Uno de los primeros cometidos será entonces identificar la fuente y definir qué es exactamente lo imitado⁵⁹. Esa confrontación, además, puede paradójicamente tener alguna repercusión para el propio modelo.

⁵⁵ V. Traglia, p. 56.

⁵⁶ Cf. Granarolo, p. 359.

⁵⁷ Pero no sólo eso; una secuencia métrica puede también desvirtuarse al integrarse en la del contexto. Cicerón (*Fin.* 1, 5) recuerda la opinión de Porcio Licino sobre Sófocles: *de quo (scil. Sophocles) Licinus: 'ferreum scriptorem', uerum, opinor, scriptorem tamen, ut legendus sit*. Por fortuna, la cita es aquí bien delimitable, pese a que *fortasse casu* desde *'ferreum'* a *'tamen'* nos encontramos con un perfecto septenario trocaico.

⁵⁸ Toda la discusión puede verse pormenorizada en J. Granarolo, *D'Ennius à Catulle*, París 1971, pp. 183 y ss.

⁵⁹ Pero la tarea puede no resultar tan sencilla. Por ejemplo, para el frg. de la *Ilias* de Macio (Buechner 7): *Altera pars acii uitassent fluminis undas*, ¿traduce el autor el v. 3 o bien, más plausiblemente, el v. 8 de Homero Φ? En cualquier caso, *'uitassent'* aparecería en contradicción flagrante con el modelo homérico (véase Granarolo, p. 328).

Así, si la fuente sáfica puede ser importante para la restitución de genuinidad de un poema del «preneotérico» Valerio Edituo, uno de los primeros poetas latinos en componer epigramas amorosos⁶⁰, igualmente el texto de Edituo podría, en algún aspecto, proyectarse sobre el de Safo. El poema, según Granarolo⁶¹, debe leerse así:

*Dicere cum conor curam tibi, Pamphila, cordis,
Quid mi abs te quaeram, uerba labris abeunt,
Per pectus manat subito mihi frigidus sudor:
Sic tacitus, subidus dum pudeo, pereo.*

Sin embargo, en la tradición manuscrita falta un pie en el v. 3⁶²:

per pectus manat subito mihi sudor.

En su «De lo sublime» el Pseudo-Longino (cap. X 2) ha sido el único en conservarnos su fuente indudable⁶³, una bella oda sáfica (Lobel-Page frg. 31) imitada también por otros autores, entre ellos, Catulo⁶⁴. El *frigidus* que postula Granarolo es, pues, una conjetura emitida en su día por R. Stark⁶⁵ y basada en la lección ἰδρωσ̄ πῶχρος del v. 13 de la citada oda, lección transmitida por algunos manuscritos. Otra posible confirmación de la lección sería, para Granarolo, el ἰσσοῦ νοτίαισιν ἔβρωις de Teócrito (II 107), en un pasaje donde se hace manifiesto eco de la oda indicada. Como puede verse, aun no siendo éste el único problema que el texto plantea, la red de sus implicaciones es ya intrincada. Buechner presenta, en cambio, *subito* (subido) *mibi*, omisión bien explicable por un salto de ojos entre dos formas iguales o similares (nótese, además, el doble peligro: *subito* en el v. 3 y *subidus* en el v. 4); la explicación es plausible, si bien el hecho de que *subidus* sea un *hapax* dificulta las posibilidades de una determinación sólida.

He aquí, por último, un pequeñísimo problema paleográfico que afecta, sin embargo, muy directamente a nuestro conocimiento de una interesante cuestión neotérica⁶⁶. Se trata del *carmen* XXVI de Catulo que para Granarolo⁶⁷ debe leerse así:

*Furi, uillula uostra non ad Austri
Flatus opposita est neque ad Fauoni
Nec saeui Boreae aut Apheliotae
Verum ad milia quindecim et ducentos
O uentum horribilem atque pestilentem!*

El debate se centra en torno a una pequeña cuestión: ¿debe leerse en el v. 1 *uestra*, tal como apuntan algunos autorizados mss., o bien, tal como otros postulan, *nostra*? Granarolo ha optado, pues, por una solución de compromiso: *uostra*, siguiendo aquí a M. Lechantin⁶⁸. Granarolo se justifica con varios argumentos:

⁶⁰ Junto con Lutacio Catulo y Porcio Lícino (cf. P. Grimal, *Le lyrisme à Rome*, París 1978, pp. 82 y s.).

⁶¹ Cf. *D'Ennius à Catulle*, pp. 50 y s.

⁶² Este tipo de fenómenos no es infrecuente; en la tradición manuscrita puede tanto faltar un pie, como sobrar; por ejemplo, en Macio frg. 16 y frg. 14 (Buechner) respectivamente.

⁶³ V. H. Lebègue, *Du Sublime*, París 1965², p. 17.

⁶⁴ Catulo c. LI; para ecos en otros autores v. Reinach-Puech, *Alcée-Sappho*, París 1960, p. 196.

⁶⁵ En «Sapphoremiszenzen», *H*, LXXXV 1957, pp. 325-335.

⁶⁶ Y no sólo eso; un pequeño error paleográfico inadvertido puede también, por ejemplo, dar lugar al na-

cimiento de una fecunda tradición literaria o al desarrollo de sesudas investigaciones; verbigracia, el célebre *Demogorgon* boccaciano. La curiosa historia del término puede leerse con algún detalle en R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica*, trad. de J. Vicuña y M. R. Lafuente, Madrid 1981, II, pp. 47 y ss. Otro ejemplo en esta línea, ya dentro del ámbito neotérico, sería la discutida existencia del *nouus* Julio Cálido, para Nepote (*Att.* 12, 4) *post Lucretii Catullique mortem multo elegantissimum poetam*. La cuestión es si tal *Iulius Calidus* es o no una grafía defectuosa por *Licinius Caluus* (cf. Bardon, *op. cit.*, I, p. 355).

⁶⁷ V. p. 337.

⁶⁸ Cf. *Il libro di Catulo*, Turín 1969, p. 52 n.

1. que Catulo ya se ha referido a la avaricia de Furio (c. XXIII);
2. que, en los temas de su pretendida pobreza personal, el Veronés elige siempre a un amigo querido, no a un rival;
3. que, como apunta G. A. Williamson⁶⁹, en ningún otro poema Catulo, después de haber apostrofado a otra persona, habla exclusivamente de sí; y
4. que el poema tomaría ocasión en una «guerra de epigramas» con Furio.

La elección no es intrascendente. La lección optada «sans hésiter» para Granarolo supone la identificación del Furio catuliano con Furio Bibáculo⁷⁰, y, simultáneamente, la ácida respuesta catuliana a dos epigramas de aquél, transmitidos en el *De grammaticis* de Suetonio, donde mordazmente se alude a la morosidad de Valerio Catón, uno de los «caposcuole» de los neotéricos para Castorina⁷¹, y a la circunstancia de que su villa de Túsculo había sido afrentosamente puesta en venta por sus acreedores.

La identificación, indudablemente tentadora, había sido ya propuesta por Bardon⁷², para quien Catulo, ya en los cc. XXIII y XXIV, habría respondido a las ironías de Furio sobre la pobreza de Catón; en concreto en el c. XXVI el encuentro es demasiado claro para ser fortuito y —siempre en la opinión de Bardon— la lección *nostra* «ôterait tout son sel au poème». Para Traglia, pese a todo, la identificación no es segura⁷³, ya que no puede determinarse con seguridad a qué Furio se dirige sucesivamente Catulo (cc. XI, XVI, XXIII, XXVI, LXXXI), ni siquiera si se trata siempre de la misma persona. Es más, que la *uillula* aludida —concluye Traglia⁷⁴— se trate «di quella stessa di V. Catone non sembra impossibile».

La cuestión es compleja. Aunque no falten alusiones (las más veces veladas) a la personalidad de Bibáculo, de éste y de su biografía puede decirse que nada sabemos positivamente. Su fecha de nacimiento, el año 103 según S. Jerónimo (148 H), ha sido rebajada en una veintena de años por Bardon⁷⁵ y por L. Alfonsi⁷⁶, entre otros, contra la opinión de Castorina⁷⁷, partidario de respetar aquí los testimonios antiguos.

La identificación, por otra parte, del Furio catuliano con el *nouus* Bibáculo suscita, en definitiva, interesantes perspectivas a la hora de definir la relación interna del grupo de los *noui*, al tiempo que haría menester explicar la relación entre Catulo y Bibáculo. Bardon⁷⁸ se ve obligado a admitir relaciones poco estables entre ambos, una cordialidad no duradera y la posibilidad de alguna querrela de tipo literario. Con todo, la tesis de la identificación es sugestiva; nos daría una idea del tipo de relaciones personales entre los *noui*, dato de cierto interés para matizar nuestras opiniones acerca de la homogeneidad del grupo y las rivalidades literarias del ambiente. Sin embargo, desafortunadamente, una variante textual, la «cuestionable autenticidad» de una única letra⁷⁹, la presencia, en fin, en la tradición textual, de un doblete, por lo demás harto común, nos impiden dilucidar con plenas garantías un problema «infinitamente pequeño», una cuestión, empero, de indiscutible interés y trascendencia.

⁶⁹ Cf. *Poems of Catullus*, Londres 1969, p. 123.

⁷⁰ Al margen de si podemos hablar de tres, dos o un único Furio poeta (cf. G. Brugnoli, «I tre Furi», *Lanx Saturna N. Terzaghi oblata*, Génova 1963, 95-100).

⁷¹ Cf. *op. cit.*, pp. 53 y ss.

⁷² Cf. *op. cit.*, I, p. 366.

⁷³ Cf. p. 11 n.

⁷⁴ Cf. p. 131.

⁷⁵ Cf. *op. cit.*, I, pp. 347 y ss.

⁷⁶ Cf. *Poetae Novi*, Como 1945, pp. 41 y ss.

⁷⁷ Cf. *op. cit.*, p. 58.

⁷⁸ Cf. *op. cit.*, I, pp. 366 y s.

⁷⁹ Aunque, obviamente, éste ni es el único caso, ni el único tipo posible. Véase, por ejemplo, las implicaciones y las divergencias interpretativas que puede ocasionar una simple metátesis paleográfica en R. Reggiani, «Varianti Testuali e 'funzionalità' semiologica: Cordo e Codro in Giovenale», *QUCC* 21, 1976, pp. 125-136.

Hechos como los descritos nos hacen dar la razón a las lúcidas afirmaciones de Bejarano⁸⁰, cuando sugiere que «sólo un minucioso estudio de la letra del texto es el camino adecuado para llegar a la comprensión de su espíritu», y de Lasso de la Vega⁸¹, cuando señala que, a veces, «debajo de un pequeño problema paleográfico (...) se ocultan apasionantes problemas de la historia del espíritu». Y es ahí donde quizá resida la esencia de la crítica del texto. Al menos —agreguemos—, es en esas pequeñeces donde radica su grandeza *.

Universidad de Valencia

X. BALLESTER

⁸⁰ Cf. *op. cit.*, p. 59.

⁸¹ Cf. *op. cit.*, p. 160.

Querríamos manifestar nuestra gratitud a los doctores José Luis Vidal y Jaime Siles por haber amablemente

examinado el borrador de este artículo y realizado importantes sugerencias; con ello, obviamente, no pretendemos comprometerlos en nuestras apreciaciones personales.